

Los enemigos de la mujer

Quinto libro de

Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

obtiene un éxito sin precedentes.
¿Lo tiene usted ya en su colección?

El día 15
se pondrá a la venta

El pago que dan los hijos

Segundo libro de la COLECCIÓN
DE OBRAS MAESTRAS

Gran emoción.

Precios increíbles: UNA PESETA.

Cada libro constituye un nuevo gran
éxito editorial de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

E. VERDAQUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 93

25 cts.



ALMA DE DIOS

por
Irene Alba y
Juan Bonafé

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 93

ALMA DE DIOS

Adaptación cinematográfica de la célebre comedia lírica
de costumbres populares, original de
Carlos Arniches y Enrique García Álvarez

Música del Maestro **JOSÉ SERRANO**

Interpretación de los célebres artistas
IRENE ALBA y JUAN BONAFÉ



REPERTORIO: **M. de Miguel**
(LA ARISTOCRACIA DEL FILM)
Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MLE. MADYS

Argumento de la película de dicho título

La acción se desarrolla en Madrid, la capital castellana.

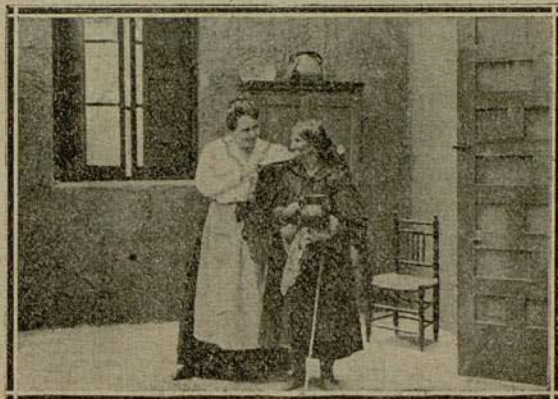
Si había un matrimonio modelo, este lo era el que integraban la *señá* Ezequiela y el señor Matías... desde luego dentro de su género.

Ella, moza que fué de rompe y rasga, era entonces una mujer bigotuda más fiera que una leona y más buena que el pan blando. Su marido, un bendito de Dios, mártir de su cara mitad, hacía los menesteres domésticos y era hombre que buscaba sus apañitos fuera del hogar. No había moza ni criada que se viese privada de sus lisonjas de tenorio cargado de años y de gracia. Y por cierto que tenía sus muchas simpatías entre el sexo tentador. Tanto era así, que su obligación de ir al mercado todos los días venía a ser un pasatiempo que le permitía rozarse más y más con las muchachas. Su buen humor era inagotable y su oportunidad en soltar sus ocurrencias, aplastante. Así, por ejemplo, cierta vez que una «nena» le echó una burla por su oficio no apto para su sexo, él la objetó:

—Le advierto a usted, bibelot, que yo voy de compras por ordenanza médica... En mis tiempos fuí un cabo de húsares que atontolinaba.

De regreso en su hogar, regido por el genio furibundo de Ezequiela, un alma de Dios que no sabía negar un cacho de pan a quien se lo pedía, el señor Matías se ponía en guardia y allí no se conocía más autoridad que la de la «cariñosa» cónyugue.

—Dáles una vuelta a las patatas y unos azo-



...la *señá* Ezequiela, un alma de Dios que no sabía negar un cacho de pan a quien se lo pedía...

tes a los colchones... Yo voy a ver a Eloisa que su madre está que se va *pa* siempre—encargóle ella uno de los días de nuestra historia.

Y el bueno del marido cumplía lo mejor que sabía esta clase de encargos para descansar a su mujer que acudía, menos piadosa para él que para sus semejantes, a llevar unas palabras de consuelo a la hija de una amiga suya.

Bien que las necesitó la pobre joven, pues su madre dejó de existir mientras ella se encontraba en la casa.

La muchacha se llamaba Eloísa, modistilla madrileña... y se vió huérfana sin amparo.

La Irene, su prima, compañera de alegres verbenas y amables piropeos, participaba en su tristeza.

Pero Eloísa se sentía muy sola...

Compadecida, la *señá* Ezequiela la recibió en sus brazos para que vaciara en ellos su dolor, y en un abrazo del corazón le brindaba su ayuda de mujer buena.

La *señá* Marcelina, madre de Irene, recogió a Eloísa en su casa...

*
* * *

Y pasó el tiempo...

Eloísa y la Irene, desde el trono de su balcón eran las reinas majas del barrio.

Un estudiante vecino, dicharachero y enamorado, dejó los libros para adorar a las vecinas.

—¡El postín que yo me daría por Madrid acompañando a las dos reales mozas que son ustedes!—suspiróles cierta tarde.

—¡Pues salimos solas y no nos asustan osl

hombres! —respondióle con desenvoltura la Irene.

No se arredró él ante la provocación de la Irene, y a poco se unió a ellas en la calle y les regaló los oídos con sus galanuras.

En el tranquilo hogar del señor Matías había horas de paz, aprovechadas por éste en instruirse mientras estuviera solo.

Y, cosa sabida, en llegando la «fiera», volvía a sentar sus reales la agitación.

Y se acababa la literatura que, según su amable expresión, le volvía bizco, y lo mandaba a por agua, que esto era más útil.

Resignado, el bendito esposo cargaba con el botijo y ¡halal a la cola, a molestar a la fulanita o zutanita que se pusiera a su alcance.

Entretanto, en el cortejo, el enamorado estudiante vecino no sabía cuál de las dos mozas era reina de sus sentimientos.

La elección resultaba dudosa pero bien que la pasaba sondeando el alma de las dos...

Mejor que el señor Matías, desgraciadamente para éste, porque después de haber aguantado una horita de pie esperando su turno, inadvertidamente le rompieron el botijo.

Contemplando los restos esparcidos por el suelo, el buen hombre exclamó:

—He aquí cómo me van a dejar la cara en cuanto me presente a mi compañera.

Camino de su casa, el señor Matías, cavilando sobre el modo de mitigar la catástrofe que temía, propuso un negocio a una niña que iba a la fuente:

—Te cambio el botijo y te doy un real encima.

La niña sólo se dejó tentar por el real, pues el botijo ofrecido a cambio del diminuto que ella llevaba, no era más que el asa del panzudo cántaro del señor Matías, único desperdicio que no se vino al suelo.

Pero como era de prever, la *señá* Ezequiela notó el trueque e increpó a su marido:

—¿Dónde vas con esa miniatura?

—¡Es que está el agua tan fresca que se ha encogido!—contestó él sin inmutarse.

Por su lado, el estudiante repetía para sí:

—¡Son las dos tan bellas!... ¿Cuál de las dos?...

Transcurrieron unos días más...

El día de Santa Ezequiela hubo fiesta familiar en el Campo del Recreo.

Y el cortejador de Eloísa y la Irene, hizo su presentación inoportuna.

La *señá* Ezequiela lo miró con malos ojos y pensó:

—¡Este pollito es tan simpático como el casero!

Pero ellas, las románticas, amantes de los amoríos, se deleitaban forjándose ilusiones.

Intencionadamente, la Irene en su nombre y en el de Eloísa, propuso al estudiante:

—Vamos a cortar rosas!

Y a ello fueron los tres.

Viéndoles alejarse juntos, la *señá* Ezequiela dijo a sus convidados:

—Al pollito ese le hacía yo en pepitoria.

—Déjale que retoce... está en la edad!—intervino el señor Matías.

Y se ganó una expresiva mirada de su adorable «verdugo».

Entre las rosas, el estudiante hizo su elección. ¿Cuál de las dos fué la elegida?

Y la aventura amorosa se realizó... Pero nadie vió nunca la cara de la moza... ¿Cuál de las dos había caído?...

Al cabo de algún tiempo, una carta llegó a la



Y el cortejador de Eloísa y la Irene hizo su presentación inoportuna.

engañada. El escrito era del seductor y decía así:

Amada mía: Mi padre está enfermo y quiere verme a su lado... El curso próximo no volveré a Madrid; he de estar cerca de los míos... Adiós.

... Y fructificó un amor.

II

El señor Adrián, antiguo maestro de obras, hombre honrado a carta cabal, conversaba en la terraza de un café con Pelegrín, su escudero, amigo que aplaudía a cuatro manos sus decisiones. Hablaba de sí mismo, de un asunto íntimo que necesitaba confiar a alguien que le fuese fiel, para oír su consejo y su aprobación.

—Estoy *cansao* de estar solo, y como mi trabajo me ha *dao* lo mío, creo que puedo hacer feliz a la Irene casándome con ella—dijo a Pelegrín el maestro.

—Señor Adrián, *usté* ha hecho muchas obras y ningún edificio se le ha venido al suelo. Antes de edificar un hogar mire bien los cimientos.

—Se trata de la Irene, de esa encantadora moza que me tiene que no parezco el mismo de ayer. Conque ahora mismo te vienes conmigo y presencias mi petición de mano.

Poco amigo el señor Adrián de perder el tiempo, personóse en seguida, con Pelegrín, en casa de la Irene y le habló de su proyecto, delante de su madre, terminando resueltamente confesándole su deseo de casarse con ella a la mayor brevedad posible.

—¿Para qué vamos a andar en rodeos de

enamoramientos ridículos a mis años?... ¡Yo, Irene, te quiero con buen fin!

Ruborizóse un poco la pretendida, alegróse de su suerte su madre,... y quedó aquel mismo día resuelto el «caso».

Imtempestivamente unos ciegos cantaban aires populares y hasta los novios llegaron estas estrofas:

Al matrimonio y al baño
se debe entrar de repente
porque el que lo piensa mucho
le entra frío y no se mete.

El señor Adrián de súbito, comentó:

—¡Pues, por si acaso, yo no espero a que me entre el frío!

Y quedó convenido que la boda se celebraría en seguida.

—¡Vaya boda de rumbo!—dijo Pelegrín a la *señá* Marcelina al marcharse detrás del señor Adrián. Y añadió:— Servidor es amigo del novio... Eso quiere decir que en el futuro hogar he de tener un plato en la mesa.

La perspectiva era buena para todos...

*
**

Agustín, sobrino del señor Matías, era un obrero madrileño sonriente, soñador.

Mientras el señor Adrián se prometía con la

Irene, él estaba de charla con su tío, en casa de éste.

—¿Pero todavía da guerra a las mozas del barrio? —le preguntó.

—¡Ahora estoy de armisticio! —replicó con pesar el señor Matías.

—¿Cuándo será un hombre serio?

—¡Cuando me entierren... si no me hacen cosquillas!

Rióse con su tío Agustín y en esto apareció en casa de la *señá* Ezequiela la preciosa figura de Eloísa.

El obrero se fijó en la moza... ella en él... y ocurrió el flechazo.

—¿Cuándo se casa la Irene? —preguntóle la *señá* Ezequiela.

—¡Muy pronto va a ser ello! —respondió Eloísa.

—¿Y a tí no te ha puesto sitio ningún galán? ¡Es que ya no hay gusto en Madrid! —intervino el señor Matías.

Y la respuesta fué una mirada a Agustín... que estaba no sabía cómo de «parao».

Ducho en estas lides del amor, el señor Matías se tapó los ojos para no tener celos ¡Los mocitos se arrullaban por telefonía sin hilos en sus mismísimas narices!

*
**

En tabernas, patios y mentideros se murmuraba que en la vida de Irene y Eloísa había un misterio. ¿Cuál de las dos fué la pecadora? ¿Dónde estaba oculto el fruto de aquel amor?...

Y cierta tarde, el señor Adrián, encontrándose con Agustín, le dijo con oculta conniversación:

—¿Dicen que andas *enamorado*?

—Ya tengo la edad, señor Adrián... Yo no quiero perder la juventud que es cuando se sabe querer de verdad —respondió Agustín.

—¡Pues si quieres aprender a casarte de verdad ven el domingo a mi boda!

Agustín se alejó agradeciendo la invitación y luego el señor Adrián dijo a Pelegrín, que lo escoltaba siempre:

—¡Pobre mozo!... ¡Sí él supiera lo que se dice de Eloísa!

Llegó el domingo, el día de la boda sonada.

Las calesas repletas de gente dispuesta a aprovechar la ocasión lanzaban a los cuatro vientos la fausta nueva.

Y hubo baile y vino abundante, y juerga en todo lo alto.

... Y hubo sueños de esperanzas.

Agustín se apartó a un poético rincón con Eloísa y le hizo la pura confesión de su único amor.

—¡Con nosotros la juventud será la más loca de las alegrías! —murmuró él.

*
**

Las comadres de la vecindad no cesaban en su tarea de zurcir difamaciones...

—Pues yo sé que el chico es de la Irene...— aseguraba una de ellas—. La Eloísa calló porque con su silencio salvó a su prima que se casó con un hombre de bien... El señor Adrián es un *predestinao*.

Pelegrín sorprendió por casualidad las murmuraciones que atacaban a la honra de la esposa de su protector, y apresuradamente fué a avisarle de lo que ocurría.

En su felicidad, que creía sin rival, el maestro de obras recibió la grave revelación. Desconcertado, el hombre se rebeló contra la duda que pusieran en su alma las palabras de Pelegrín y, agarrando a éste por las solapas de la americana, le objetó:

—¡Eso que dices que dicen de la Irene es una infamia!

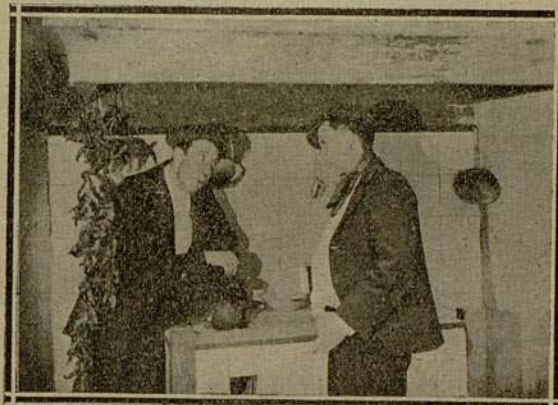
—Pues la gente lo dice...— insistió Pelegrín.

La desesperación se apoderó del hombre que siempre cuidó por encima de todo su honor, y ardía en deseos de oír la verdad de labios de la Irene.

El señor Matías se sentía también dominado por la exasperación... pero por bien distinta causa.

—¡Y no arde el carbón!... ¡Y no está barrido el piso!... ¡Ni está la cama hechal!... ¡Estoy en capilla!—se lamentaba comprobando todo el trabajo que tenía por hacer antes de que la *señá Ezequiela reapareciera*.

—¿Reciben los señores?—preguntó una voz en la puerta.



—¡Vaya perfumel!... ¡El pucherito huele que alimental! ¿Ponéis morcilla?

Sorprendióse el señor Matías, reponiéndose al ver que se trataba de un amigo.

—¡Creí que eras el ángel de mi hogar! ¡Menudo susto me has *dao*!—dijole el señor Matías vigilando la comida en el fogón.

—¡Vaya perfumel!... ¡El pucherito huele que alimental!... ¿Ponéis morcilla?

—¡Ponemos... tapadera! ¡Aparta el hocico de ahí que te van a dar náuseas! Ven, *arrepá* la visión que se contempla desde este ventanillo. Súbete a esta mesa, como yo.

El señor Matías le estaba apuntando a un bibelot de veinte años que ponía medias a secar...

—¡Ya vemos que son medias... y amplias!

—¿Cómo les gustan a ustedes?—preguntóles ella.

—¡A mí caladas!—opinó el amigo.

—¡Pues a mí puestas!—expuso el señor Matías entregándose a la ilusión...

La *señá* Ezequiela llegó sin que los dos frescos se dieran cuenta de ello.

—¡Maldita sea mi sangre perral! ¿*Ande* estará ese ladrón *pa* ahogarlo?—gritó al ver que toda la casa estaba por arreglar.

El señor Matías proseguía su plática con la vecina encantadora.

—¡Soy soltero, palabra!—le afirmaba.

—¿.....?

—¡Quiá! ¡Esa morena de bigotes que vive aquí, es mi madre!

Como la *señá* Ezequiela tuvo la desastrosa idea de sorprender a su marido *in-fraganti*, se lió con él y el amigo a escobazos.

—¡Sinvergüenzas! ¡Bragazos! ¿Y qué es lo que hace aquí este amigo tuyo? ¿No le basta su familia para estorbarla?

—¡Le hice quedar a comer con nosotros porque en su casa sólo gana el que tiene *triunfo*! ¡Que hace tres días que sólo come una perra de mojama!—manifestó el señor Matías.

—¡Que se muera!—gruñó la *señá* Ezequiela.

—Ya me voy... y dispensadme...

Emblandecida en el acto, como de ordinario, la *señá* Ezequiela le impidió que se fuera y, aparentando su mal genio, le dijo:

—¡Menos música y ponga la mesa! ¡Coma si quiere y reviente si le da la gana!

El pobre hombre, harto de mojama, se atracó de buen puchero... ¡y lo que bebió!...

En su hogar deshecho, el señor Adrián exigía una explicación honrada a la Irene, del misterio de que se hacía andar de cabeza a todos.

—¡Habla, Irene! ¡Dime la verdad! ¿Fuiste tú?...

—¡Miente la gente!... ¡Mienten todos!—juró la Irene.

Y, haciendo un esfuerzo, añadió:

—¡La Eloisa fué la perdida!

El señor Adrián sintió que un bálsamo cerraba la herida abierta antes por la duda terrible de su corazón.

*
**

Al día siguiente, la murmuración hizo mella en Agustín que creyó enloquecer de desengaño y despecho.

Al mediodía, como de costumbre, esperó a Eloísa a la puerta del taller, y apenas la vió



Pero ellas, las románticas, amantes de los amorfios, se deleitaban forlándose ilusiones.

salir le escupió en pleno rostro su desprecio:

—¡Eres una mala mujer, Eloísa!

La moza, que no por nada había estado temiendo esta escena, le costestó prestamente, sollozando:

—¡Yo te lo juraré ante un altar, Agustín! ¡Yo no he hecho nada malo!

—¡Quita!...

—Tú eres el primer hombre que quiero con toda mi alma.

—¡Apártate de mí!... ¡Me das asco!

Exacerbado, Agustín arrojó de su lado a Eloísa que se arrimó a la pared para sostener su cuerpo sin fuerzas...

Sola, inmensamente sola, Eloísa fué en demanda de protección a la *señá* Ezequiela y llegó a su casa durante la comida, interrumpiendo el banquete que se daba el invitado.

—¡Eloísa!... Pero ¿qué te pasa?—le preguntó la *señá* Ezequiela viéndola tan descompuesta.

—¡Una cosa horrible! ¡No puedo hablar de angustia!

—¡Sosíégate, mujer! Cuéntanos...

—¡Que me quiere engañar como la peor de las mujeres!...—dijo Agustín apareciendo en el comedor.

—¡Por Dios, Agustín, explícate!—suplicó la *señá* Ezequiela, comprendiendo.

—...Que los compañeros me mortifican... que todos son a decirme que esta es la pérdida y no la que se casó con el señor Adrián. Ayer lo encontré y nos enzarzamos de mala manera. Y me dijo: «Menos palabras. Eso se aclara en el registro civil, con la partida de bautismo...» ¡A las dos estoy *cítao* con él en la Iglesia de

San Lorenzo y vengo *pa* que *ustés* me acompañen y esa también!

El señor Matías, poniéndose de parte de Eloísa, exclamó:

—¡Yo cojo la garrota y a San Lorenzo vamos!... ¡Ya que te han *amargao* tu vida *pa* endulzar la suya, intervendré yo, y, o se generaliza la compota o aquí beben vinagre hasta las moscas!

El invitado del matrimonio ideal sintió en el alma el tener que abandonar la suculenta panzada y se llenó los bolsillos de que yantar.

El señor Adrián y Pelegrín llegaron los primeros a la sacristía de la iglesia de San Lorenzo.

Poco después de ellos aparecieron la *señá* Ezequiela, Eloísa, Agustín, el señor Matías y el amigo.

Ambas partes, enemigas, se miraron con cierto rencor.

El cura, que no tenía ninguna prisa, los hizo esperar un momento, durante el cual el señor Matías, encantado de verse reverenciado por las personas que salían de la sacristía, incurrió en el inconveniente ridículo de contestar a dichas reverencias... que en realidad eran dirigidas a un Cristo colgado sobre su cabeza.

—¡Si es al Cristo, so bárbaro!—le hizo observar su mujer.

—¡Dispensa, Dios mío, que m'he *colao*!—dijo él al Cristo.

Cuando el cura dió orden de que le expusieran el motivo de su visita, los dos bandos, cada miembro por su parte, querían hablar.

—¡Hagan el favor! ¡Que hable uno solo y bajito!—interrumpió el cura.

Y habló el señor Adrián al mismo tiempo que tiraba una moneda encima del libro.

—Se trata de tapar bocas a más de cuatro que hablan y *tién* por qué callar... Lea la partida de bautismo que dice este papel y ahí tiene *usté* un duro...

—¡Aquí está!—anunció, tras breve intervalo, el cura—. Dice...

Todos, con el corazón oprimido por la angustia, estaban pendientes de la lectura del clérigo, quien prosiguió:

—«...bautizé un niño a quien puse los nombres de Antonio, Zacarías, Marcelino, hijo natural de Eloísa Martínez.»

Esta, con el corazón desgarrado, lanzó un grito y se apretó contra el pecho de la *señá* Ezequiela que también lloraba.

Agustín pasaba por la más acentuada tortura humana.

El señor Matías no volvía de su asombro... En cuanto al señor Adrián, satisfecho, se acercó a Agustín y le dijo:

—¿Lo ves tú, *so bocón*? ¡No te doy así por respeto al lugar *sagrao*!

Y se marchó con aire triunfante, acompañado de Pelegrín.

Agustín, iracundo, reprochó a Eloísa, hecha un mar de lágrimas:

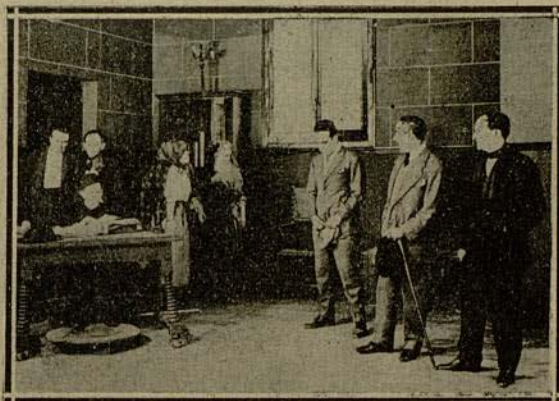
—¡De vergüenza debes morirte!... ¡Ya tendrás tu pagol!

Hecha trizas su alma, Eloísa, al desaparecer Agustín, dijo a la *señá* Ezequiela:

—¡*Señá* Ezequiela, por ese Cristo juro que soy inocente!

La escena resultó muy emocionante y la excelente mujer de genio elevó sus ojos hasta el Señor crucificado e impetró su clemencia:

—¡Dios mío! ¡Ayúdame y yo prometo que levantaré del suelo esta honra hecha pedazos!



—¿Lo ves tú, *so bocón*? ¡No te doy así por respeto al lugar *sagrao*!

El señor Matías, dirigiéndose al cura, ajeno a todo lo que ocurría, le voceó:

—¡Quiero gritar para que me oiga Dios que está más alto que *usté*!... Antes que presenciar estas infamias, más valía que le cayese a uno una teja en la cabeza.

Y el cura, poco amigo de preocupaciones, lo mandó con viento fresco... para fumar tranqui-

lamente a la salud de las almas del purgatorio...

*
* * *



— ¡Señá Ezequiela, por ese Cristo juro que soy inocente!

La señá Ezequiela trazó un plan... El infeliz señor Matías fué colocado de espía en un puesto de castañas, cerca de la casa de Irene, y tenía la obligación de conocer los pasos de ésta y descubrir así el escondite del hijo del pecado.

En su nuevo oficio el señor Matías dedicábase también a la conquista de lindas mozas y alguna se dejaba piroppear inocentemente por

él... porque se salía ganando en el paquete de calentitas.

Como una de las compradoras le diera el hipo, le enzarzó un collar de piropos más valiosos que los mismísimos brillantes, y le dijo:

— Si vuelves te voy a regalar un real de castañas envueltas en papel de plata que te van a parecer *marrons glacés*.

Ella le prometió que después de entregar la faena volvería.

La señá Ezequiela no tardó en llegar al puesto y con visible satisfacción enteró a su esposo del resultado de sus pesquisas:

— Ya están de regreso las pájaras. ¡Ya son mías! En cuanto tú me avisaste que salían las seguí... Llegaron a las barracas de las Cambroneras, donde viven gitanos y húngaros... Las ví entrar en una de esas viviendas; Irene contempló un rato a su hijo, dió algún dinero a la húngara que lo cuida y oí como le decía a ésta: «*El chico no puede estar aquí... Mañana noche lo llevaremos a la Inclusa.*» Vas a ver lo que hago yo con esa que se avergüenza de ser madre.

En acabando su relato la señá Ezequiela, se presentó de nuevo en el puesto la moza a quien el señor Matías prometiera un real de castañas.

— ¡Ya estoy aquí, zalamerote! ¿Dónde está el real?

La señá Ezequiela, esforzándose por no «reventar» delante de aquella muchacha, le dió veinticinco céntimos de calentitas y, tan pronto se hubo marchado la aludida, tomó venganza

de su esposo derribando incluso el puesto, terminando la batalla con esta exclamación:

—¡Cerrao por defunción!

III

Al día siguiente.

En el patio de los húngaros todo era zambra y bullicio...

Unos gitanos que habían escamoteado un burro pasaban apuros por metamorfosearlo. Uno de ellos daba órdenes en este sentido:

—Tío Zuro... Coge ese *rucho* y píntalo de otro *coló*, que han *chirao* a los *seviles* que lo habéis *añanao* a un verdulero... ¡Hay que venderlo *manque* sea por un *reál*!

La caravana de los húngaros que se reunía al atardecer en las barracas, siempre tenía en los labios cantares nostálgicos de su país de poesía. Y a esa hora en que el espacio está saturado de melancólico silencio, un alma exhaló estos suspiros religiosamente escuchados:

«Hungría de mis amores,
patria querida,
Llenan de luz tus canciones
mi triste vida,
Vida de inquieto
y eterno andar

que alegre sólo
con mi cantar.
Canta, vagabundo,
tus miserias por el mundo
que tu canción quizá
el viento llevará
hasta la aldea donde tu amor está.»

«Es caminar siempre errante
mi triste sino,
sin encontrar un descanso
en mi camino.
Ave perdida,
nunca he de hallar
un nido errante
donde cantar.
Canta, vagabundo,
tus miserias por el mundo
que tu canción quizá
el viento llevará
hasta la aldea donde tu amor está.»

Las notasplañideras se perdieron en el ocaso y los nómadas, entristecidos, se recogieron en sus viviendas hasta el nuevo día...

Aquella noche, la convenida para que Irene y su madre llevasen el niño a la Inclusa, el señor Adrián, que las vio salir de casa a deshora, empezó a sospechar y se dispuso a seguirlas.

La *señá* Ezequiela batallaba con Agustín, — en cuyo rostro no apareció más la alegría desde el día en que tuvo aquel desengaño tan grande —, para convencerle a que fuera con ellos al campamento de los gitanos.

—Te digo que vengas y vas a saber dónde está la verdad.

Al fin Agustín se dejó arrastrar.

—Hoy se *arremata* este lío, Agustín, te lo prometo... y ya veremos si no te casas con ésta... Tú, Matías, vete de explorador.

El señor Matías llegó a las barracas detrás de las dos culpables y fué sorprendido por los gitanos, o, a mejor decir, los sorprendió a ellos que temían la llegada de los *seviles* en reclamación del rucio robado.

Pero viendo los gitanos que se las habían con un buen hombre, le propusieron el venderle el burro.

—¡Quédese *usté* con él, *compare!* ¡No nos menosprecie esta joya!

—¿Para qué quiero yo esta bandurria?—respondió el señor Matías rascándose la cabeza, buscando cómo determinar la casta del animal rayado que tenía delante—. Sólo tengo seis pesetas—añadió.

—¿Seis *pelas*, ha dicho *usté?* ¡Vengan y ahí va el lucero!—dijeron los gitanos, ocultándose luego en sus barracas.

Sin saber cómo se había operado el cambio de sus seis pesetas por el burro, el señor Matías se consideró propietario de un ejemplar de animal digno de ser coleccionado en el parque zoológico...

La *señá* Ezequiela, al llegar con Agustín y Eloísa, se paró delante de su marido y le preguntó, refiriéndose al burro:

—Pero ¿qué es eso?

—¡No me lo menosprecies!—replicó él, como hicieron con él los gitanos,

—Pero ¿no tengo bastante contigo, *recondenao?*

—¡Así *tiés* un tronco!—respondió jocosamente el señor Matías.

Un ruido de pasos los puso en guardia a todos y mientras el señor Matías escondía el burro en el establo, la *señá* Ezequiela, Eloísa



—Pero ¿no tengo bastante contigo, *recondenao?*

y Agustín se ocultaron, reapareciendo en el momento en que la Irene y su madre salieron de la barraca de la húngara,

—¡Jesús!—exclamó la Irene.

—¡María y José!—añadió la *señá* Ezequiela. Y dijo más:—¡Venga ese chico que es nuestro! ¡La que cuando se ve en peligro suelta un pedazo de sus entrañas no es más que una infame. La

que le abre sus brazos es un ángel, esa es su madre!

El arrepentimiento llegó al corazón de la Irene y de su madre; y la primera, decidida a arrostrarlo todo por ser buena madre, contestó:

—*Tié usted razón, señá Ezequiela...* Yo no suelto a mi hijo! ¡Máteme si quiere, que ni muerta he de soltarlo!

Afligida y mientras su madre lloraba amargamente, la Irene se arrodilló y sollozando añadió:

—¡Perdón, señá Ezequiela; si *tié usted* corazón, téngame lástima!... ¡Perdón, Eloísa; yo diré la verdad a todo el mundo!

Todos, incluso el señor Matías y Agustín—éste asombrado—, por hombres que fueran, lloraban... y perdonaban a la madre arrepentida.

En mitad de la imponente escena apareció el señor Adrián que la presenció desde el exterior de las barracas.

—¡Buenas noches! —saludó con ánimo de sorprender a todos.

La Irene y su madre temblaban...

La *señá* Ezequiela tomó la palabra:

—Pues *na*, señor Adrián... pues ha *resuelto* que...

El señor Matías, prestamente, advirtió a su esposa a quien sabía capaz de todo por sacar de un apuro a alguien:

—¡Oye, no vayas a decir que el chico es tuyo y me pones en ridículo!

El señor Adrián, compungido, prosiguió, dirigiéndose a su esposa y a la madre de ésta:

—¡Me han *engañao* ustedes! Es una mala ac-

ción que si yo no fuera un hombre de bien, *cansao* del batallar de la vida, vengaría de mala manera. ¡Mal has *pagao* el querer que te tengo, Irene!

Tras esto, se marchó...

Irene rompió a llorar con más fuerza, lo mismo que su madre.

La *señá* Ezequiela, emocionada, exclamó:

—¡Y se van a quedar estas pobres *desamparás!* ¡No y no!...

Eloísa y Agustín, éste muy apenado de haber hecho sufrir injustamente a su amada, se reconciliaban con mayores ansias de casarse pronto.

Refiriéndose a ellos, la *señá* Ezequiela dijo a la Irene:

—¿Ves lo que he *peleao* por estos?... ¡Pues más voy a batallar hasta arreglar lo tuyo!... ¡Ese hombre, tu marido, volverá!

Y la risa, con la esperanza, sucedió a las lágrimas para no entristecer también al orro inocente.

El señor Matías no se olvidó del burro... pero al ir a buscarlo agarró la cuerda de un oso y se llevó un susto fenomenal.

La paz reinó en el hogar de los infelices y ejemplares esposos.

En un momento de regreso a sus años juveniles, el señor Matías, abrazando a su esposa adorada, la dijo:

—¡Ezequiela!... ¡Alma de Dios!... ¡Ahora que todos son felices procura no reñirme tanto... a ver si te vas a quedar sin marido y servidor!

Y se besaron como dos tiernos enamorados...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La señorita del pelo corto

preciosa comedia magistralmente interpretada por la monísima

CONSTANCE TALMATGE

y el simpático

HARRISSON FORD

EXITO INDESCRIPCIÓN

Postal-fotografía:

JOHNNY JONES

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio, 25 céntimos

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 - Tarrasa

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

Anote estos cinco grandes éxitos de
**La Novela Semanal
Cinematográfica**

en su biblioteca de:

Los Grandes Filmes

Los hijos de nadie

El triunfo de la mujer

El Prisionero de Zenda

El Joven Medardus

Los enemigos de la Mujer

5 preciosas novelas al irrisorio precio de

**UNA PESETA EL LIBRO
EN
TODA ESPAÑA**